EL DIA

AÑO VI - Nº 222
Montevideo, Abril 11 de 1937



Plaza Independencia de Montevideo

JUNTO con la fama de este lienzo de Blanes, el más famoso de sus cuadros, y también el más famoso cuadro que se haya pintado en el Río de la Plata, propalóse un error que tuvo la virtud de arraigar en el espíritu de las gentes.

No hace muchos días fuí consultado por teléfono por alguien que deseaba saber cuál de los dos personajes que aparecían en el centro del cuadro de "La Fiebre Amarilla", era el doctor Vilardebó...

Evidente, pues, que pese a cuanto se ha dicho y escrito sobre el cuadro de Blanes, y a su popularización intensa por reiteradas reproducciones en todos los métodos gráficos, existe una cantidad considerable de personas que ignoran la significación exacta de la escena histórica que el lienzo de Blanes interpreta. Es oportuno, entonces, divulgar la verdad.

Puestos en olvido el título original de la pintura denominada por su autor "Escena de la peste de 1871 en Buenos Aires", y el más breve y popular "La Peste de Buenos Aires", con que se rebautizó de inmediato, el nombre con que se le conoce en la actualidad es "Episodio de la Fiebre Amarilla" o "La Fiebre Amarilla", simplemente.

La fecha y el sitio que fué teatro del suceso, no contando para nada en el título, tienen que haber influído, asimismo, para la cristalización del equívoco.

El terrible recuerdo de la epidemia de fiebre amarilla que flageló a Montevideo en el otoño de 1857, y la muerte del doctor Teodoro Vilardebó arrebatado por la peste, mezclados al recuerdo de la nueva epidemia de 1871, concluirían por explicar la confusión existente.

(ILUSTRACIONES DE LA COLECCION DEL AUTOR)



EPISODIO DE LA FIEBRE AMARILLA EN BUENOS AIRES, FAMOSO CUADRO DE BLANES, EN EL MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES



Sr. ANTONIO PADÉ, QUE SIENDO DISCIPULO DE BLANES LE SIRVIO DE MODELO PARA EL MUCHACHO QUE APARECE EN EL CUADRO AL LADO DEL Dr. PEREZ

EL FAMOSO CUADRO

Ni Montevideo, entra, sin embargo, en el cuadro de Blanes, ni hay en la tela personaje uruguayo alguno.

Los caballeros que aparecen en segundo plano son los doctores José Roque Pérez y Manuel Argerich, abogado y médico argentinos, respectivamente.

Desempeñaba el Dr. Pérez, en aquellos días aciagos de 1871, la presidencia de la Comisión Popular que se organizó en la casa de los Varela, compuesta por un grupo de las más destacadas personalidades de Buenos Aires —nacionales y extranjeras— para velar por la salud de la capital.

Figuran en ella, entre los uruguayos, Juan C. Gómez, Matías Bethy y Héctor F. Varela.

Al conocer el Dr. Pérez el nombramiento de presidente que se le había discernido, refieren que dijo a sus electores, luego de aceptar el honor:

"Con tal que no me hagan ustedes un presente griego..."

¿Era un fúnebre presentimiento de su destino?

"Desgraciado y querido amigo —escribía poco después uno de sus compañeros de comisión— en medio de aquella noche espantosa de infortunio, cuando la población enlutada y abatida de Buenos Aires no tenía más amparo ni otro consuelo que la Comisión Popular, Roque Pérez, que sin acordarse de su familia, de su posición social, de su gran fortuna, estaba a todo momento en medio del peligro, fué sorprendido por el terrible azote.

Tres días después expiraba dando un ejemplo de alma templada al modo histórico.

Entró en el delirio final con la sonrisa en los labios.

Esa serenidad griega ante la muerte es la prenda más bella del espíritu, según se ha dicho.

"Ella resume la noble lección pagana que el miedo al infierno nos había hecho olvidar y que constituyó la dignidad del mundo antiguo: saber morir satisfecho".

Hombre de intachable honradez; enriquecido en el ejercicio de su profesión de abogado, el doctor Pérez había sido diputado, convencional, ministro plenipotenciario y, afiliado a la Masonería, había ocupado el puesto de Gran Maestre.

El Dr. Manuel Argerich, que aparece a la izquierda del cuadro, era un joven médico, estudioso y de talento, verdadera esperanza, arrebatado por la fiebre que contrajo en el desempeño de una prodigada labor profesional agotadora.

Fueron estos dos ciudadanos porteños los elegidos por Blanes para integrar la escena pictográfica, compuesta con fragmentos de realidad, que desarrolla en su prestigiosa tela.

Y digo esto porque la escena del cuadro, no ha de creerse que ocurrió precisamente así.

Nada permite suponer que los doctores Pérez y Argerich, de recorrida por las casas de los pestosos, se hallaran un momento ante la tragedia que pinta el Maestro montevideano.

Se sabe, por otro lado, que el dramático suceso del matrimonio muerto de peste, en un ataque fulminante y sin cuidados médicos, ocurrió en una habitación interior y no en un cuarto con puerta directa a la calle.

Radica el mérito de Blanes en haber reunido con robusta inspiración y maestría técnica, los elementos dispersos seleccionados entre la realidad que más se prestaban al propósito de componer un cuadro emocionante y hondo.

Logró nuestro pintor dar unidad perfecta al conjunto en una composición abundante en recursos de luz no siempre —conviene decirlo— ajustados a la verdad.

Los críticos contemporáneos notaron, a su hora, la excesiva luz que cae sobre la mujer muerta, y el interior más iluminado, en proporción, que la misma calle.

Observaciones justas, que no escaparían de seguro a un artista de la preparación completa de Blanes, pero que él no dudó en poner de lado, sacrificando un poco de verdad en aras de un gran efecto.

Aparte las fotografías de Pérez y Argerich, para nada recurrió el pintor a Buenos Aires.

El Dr. Andrés Lamas, gran amigo suyo, radicado en la capital argentina, encargóse de suministrarle toda la literatura precisa como inspiración y como guía.

el taller del maestro hasta la iglesia de Santa María Novella.

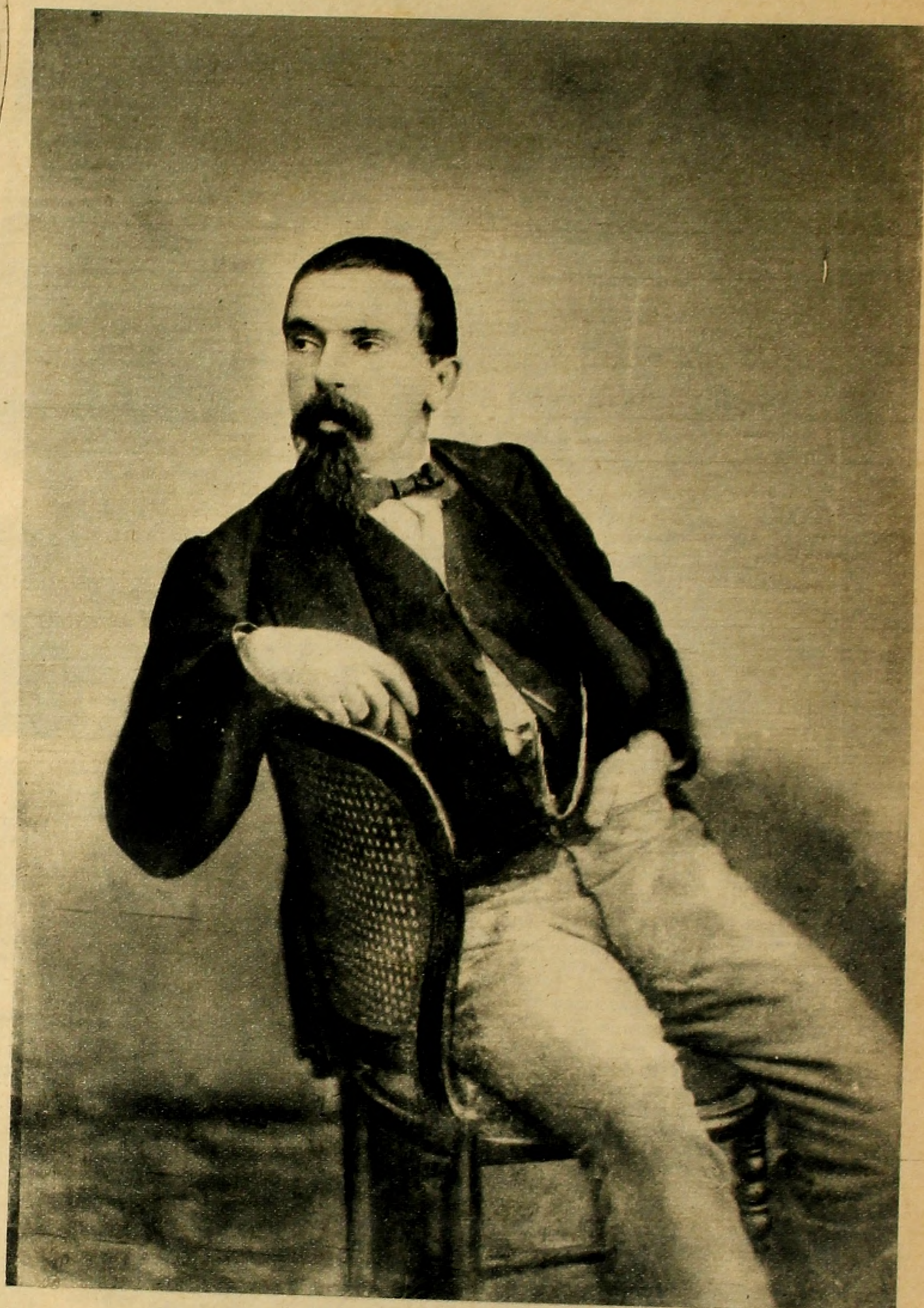
"Entre nosotros el cuadro de Blanes no fué conducido en andas; pero el pueblo entero, hombres, mujeres y niños, marchó en procesión a admirar la peregrina obra.

"Durante algunos días la población desbordada rodeó el cuadro como una marea hirviente y rumorosa.

"Después de Cimabúe, no se había vuelto a presentar un caso de admiración tan interesante y unánime en país alguno de la tierra y es problemático que la escéptica Buenos Aires vuelva a sentirse removida hasta las entrañas por el espectáculo de una obra de arte".

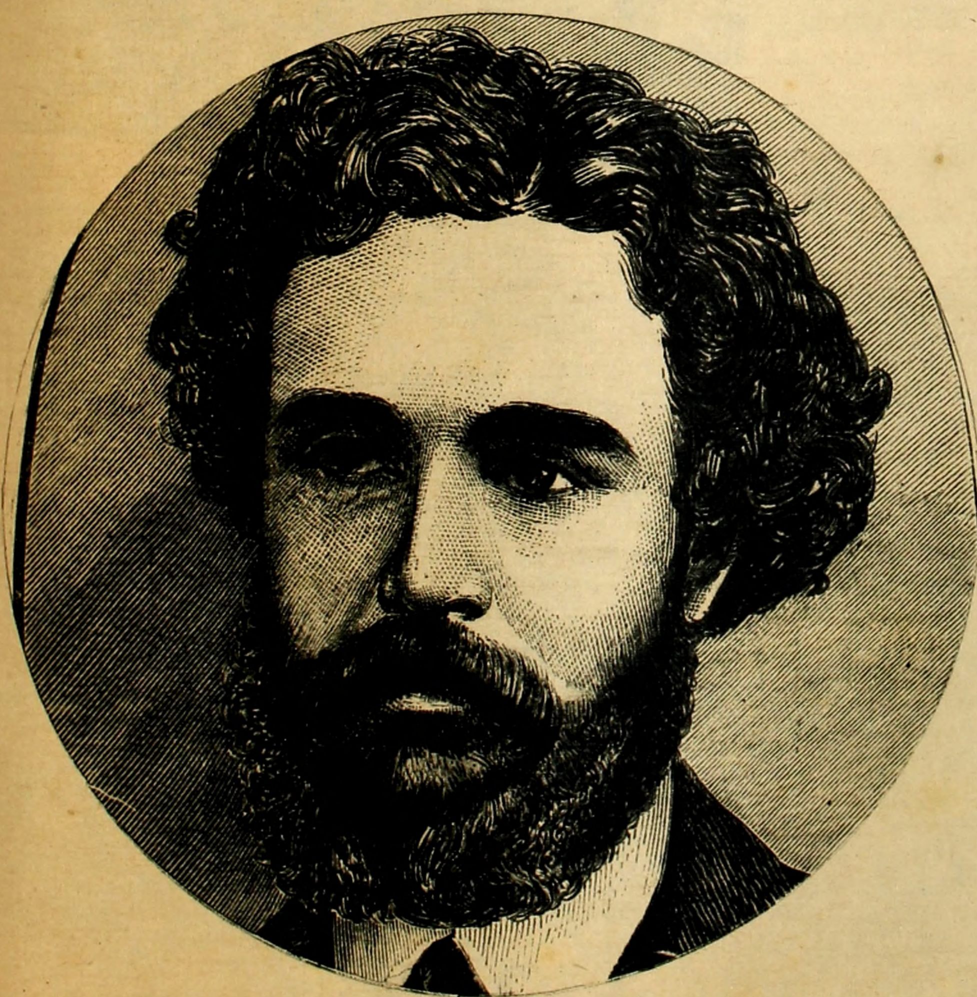


Dr. ROQUE PEREZ, ABOGADO ARGENTINO, MUERTO AL FRENTE DE LA COMISION POPULAR DE SOCORROS, DURANTE LA EPIDEMIA DE 1871



JUAN MANUEL BLANES, EN LA EPOCA DE SU GRAN TRIUNFO ARTISTICO

DE LA FIEBRE AMARILLA.



Dr. MANUEL ARGERICH, JOVEN MEDICO, ARREBATADO POR LA PESTE EN EL DESEMPEÑO DE SU MISION PROFESIONAL

El momento era excepcionalmente emotivo: la tragedia de la vecina capital había conmovido los corazones.

Blanes tenía su taller en la calle Soriano, vereda norte, en una casa actualmente demolida y en su taller eligió al joven discípulo Antonio Padé, para servirle de modelo para la figura del muchacho que, apoyado en la puerta, contempla al doctor Pérez con sus grandes y hermosos ojos azules.

Expuesto el cuadro primero en Montevideo y conducido luego a Buenos Aires, el éxito correspondió, ampliamente, a las esperanzas del artista.

Los párrafos que transcribo de un pintor argentino que no se manifiesta simpatizante de Blanes —lo que aumenta el valor intrínseco de los comentarios —dan impresión exacta de las impresiones bonaerenses ante "El Episodio de la Fiebre Amarilla" exhibido en el foyer del teatro Colón a mediados de diciembre de 1871:

"El público de Buenos Aires se halló delante de este cuadro en condiciones análogas a las del público de Florencia en el siglo XIII, cuando Cimabúe, emancipado del canón bizantino, dió a luz la célebre Madona, llevada procesionalmente en triunfo por sus admiradores desde

* *

Supongo que después de leer estos conceptos del pintor y crítico porteño, nadie dirá que me excedí en el ditirambo cuando dije, al principio, que el cuadro de "La Fiebre Amarilla" es el más famoso cuadro que se haya pintado nunca en el Río de la Plata.

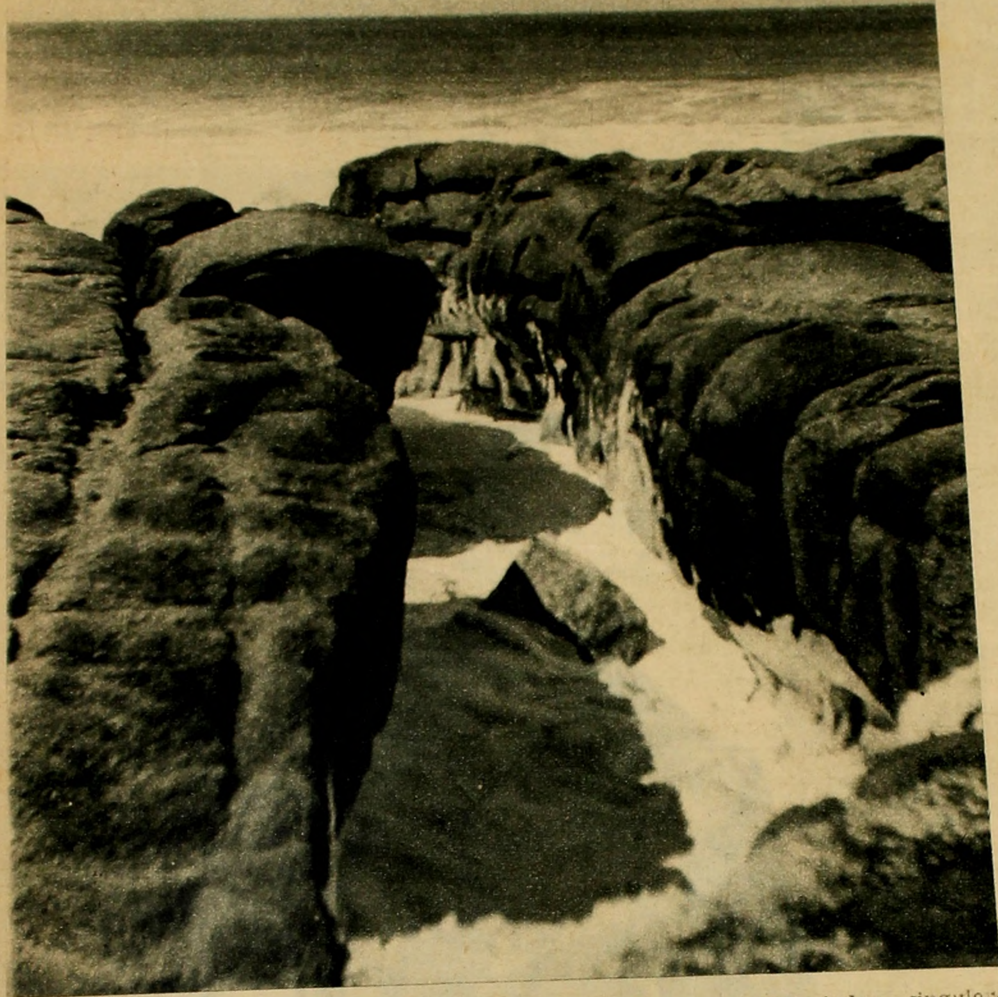
En esa inteligencia, al tiempo que exhibido aquí, hubo una unánime manifestación de opiniones en que la tela no debía salir de la República.

Fué a Buenos Aires, a recibir el homenaje triunfal del público porteño, pero desde el 21 de noviembre el cuadro era de propiedad nacional.

El gobierno del general Batlle lo había adquirido por el precio de diez mil pesos pagaderos en tres mensualidades al doble título de "recompensar el mérito, la virtud y la inteligencia de los artistas orientales y de proporcionar a la juventud estudiosa modelos de estímulo y de inspiración para los sentimientos nobles y elevados".

J. M. Fernández Saldaña

COSTA ATLANTICA de



ACANTILADOS EN LA PLAYA LAS MARAVILLAS, CERCANA A LA FORTALEZA

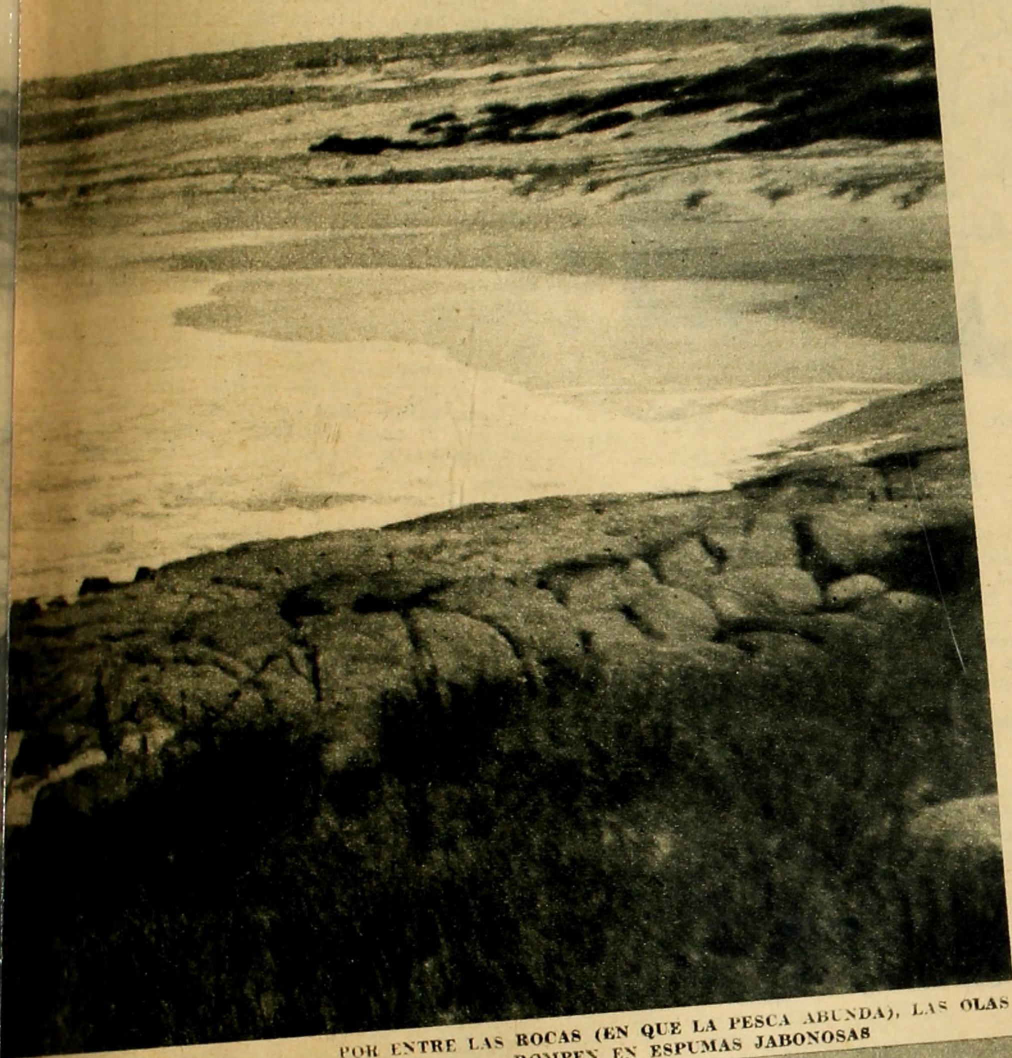
ESTAS notas han sido tomadas en la playa atlántica inmediata a la Fortaleza de Santa Teresa (Dpto. de Rocha), lugar admirable, en pleno Océano, de costa limpia que en el futuro habrá de constituir uno de los balnearios más atrayentes de la República. Todo se conjunta para hacer admirable este sitio privilegiado por la naturaleza. Algunas sinuosidades rocosas se internan en el mar, y entre sus peñascos se rompen las olas espumosas como si fueran jabonosas. El acceso a esta playa se realiza por el camino abierto desde la Fortaleza, entre el amplísimo parque que se ha construído y circunda esa espléndida construcción militar del siglo XVIII, sacada de las ruinas y reedificada bajo la dirección sapiente del Sr. Horacio Arredondo, estudioso historiador, singularmente documentado, al que el gobierno del Dr. Baltasar Brum confió ese cometido, conjuntamente con la reconstrucción del Fuerte San Miguel. Una labor silenciosa de años ha sacado de los breñales la magnífica Fortaleza, reedificada por sobre sus piedras ilustres, y rodeada de un extenso parque que se ha repoblado con ejemplares exclusivos de la flora indígena, y de la fauna criolla, resucitando un pasado venerable. Su conjunto es soberbio, y cuando la vialidad hacia ese lugar esté desprovista de las molestias actuales, llegará a ser, con muy justo título para ello, uno de los más poderosos elementos de atracción turística de la República.

COSTA ATLANTICA EN LAS INMEDIACIONES DE LA FORTALEZA DE SANTA TERESA



SANTA TERESA

OTRO ASPECTO DE L ACOSTA ATLANTICA EN LAS INMEDIACIONES DE LA FORTALEZA. AL FONDO LA PUNTA DE LA PLAYA DE LA CORONILLA. POSICION HIDROGRAFICA MUY APARENTE PARA PUERTO, DE LO QUE HAN EXISTIDO VARIOS PROYECTOS



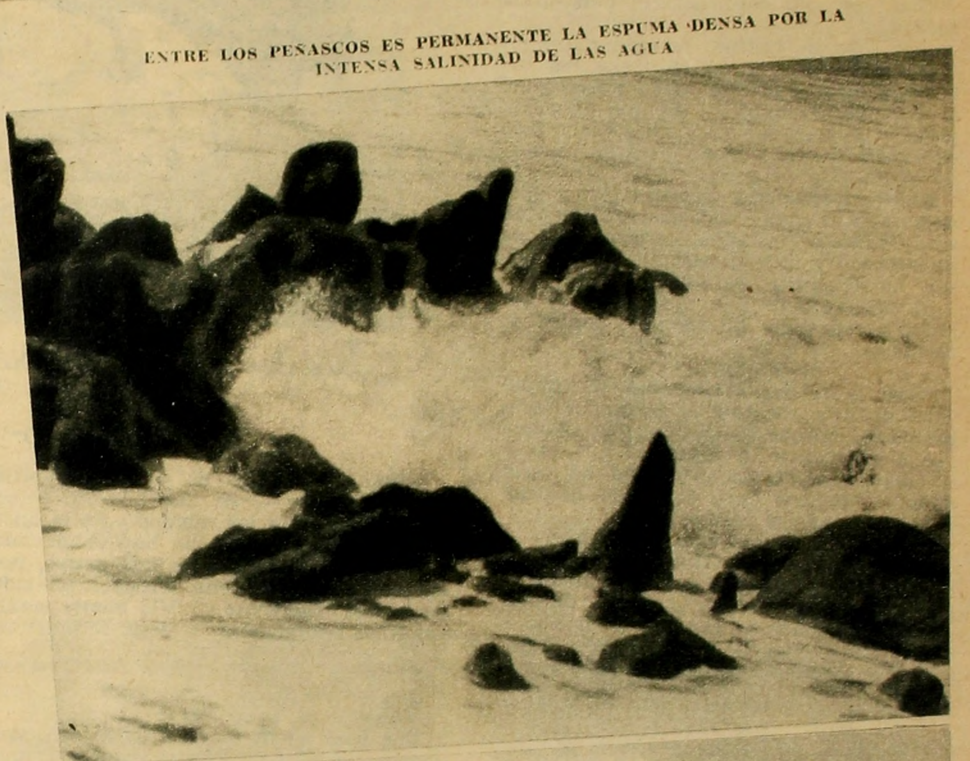
POR ENTRE LAS ROCAS (EN QUE LA PESCA ABUNDA), LAS OLAS SE ROMPEN EN ESPUMAS JABONOSAS



BAÑISTAS EN UN MAR DE ESPUMAS



ENTRE LOS PEÑASCOS ES PERMANENTE LA ESPUMA DENSA POR LA INTENSA SALINIDAD DE LAS AGUA





EL EMBATE DE LAS OLAS LEVANTA MONTAÑAS DE ESPUMA CONTRA LAS ROCAS



UNA TARDE DEL MES DE JULIO EN 1656.



Cuento por Leo Larguier de la Acade. dibujo de Cristal

LA ventana del cuarto estaba cerrada a pesar del bello crepúsculo que descendía sobre los palacios, las casas y los canales de Amsterdam, crepúsculo que tenía el olor del verano y del agua.

En un rincón de la humilde pieza, frente a un banco, como si hubiese querido aprovechar las últimas claridades, un hombre pulía un lente de cristal.

Era difícil asignarle una edad. Podía tener veinticinco años o cincuenta; apenas levantó su rostro pensativo cuando la sirvienta que le llevaba la cena entró sin ruido, colocando sobre la mesa un tazón de leche y una rebanada de pan enmantecada.

Agradeció con mucha fineza.

—Señor Spinoza, dijo ella, ¿quiere darme su capa para hacerle un repaso, si eso es posible todavía ya que está muy usada?

Ya en el umbral, y con la pobre vestidura en sus brazos, preguntó:

—¿Es cierto que se ve obligado a abandonarnos? Nosotros lo lamentaríamos porque usted no es incómodo para nadie...

—Gracias — murmuró el filósofo, —en efecto debo partir...

La asamblea de los rabinos, el mismo día, lo había excluído de la comunidad y él sabía que se le iba a notificar esa sentencia que lo desterraba.

Una vez solo desmigajó el pan en la taza.

Una sopa de harina, de mañana, y un vaso de cerveza, y en la noche esa rebanada de pan con manteca y esa leche le bastaba. Fumaba de tiempo en tiempo una pipa de tabaco y no gastaba más de cuatro cobres por día para su mantenimiento.

Económico, sobrio, prudente, se había declarado la paz a sí mismo. Su vida se ajustaba a las reglas de estrechez que se imponía y todo lo que no era el pensar, nada significaba para él.

El poco dinero que necesitaba lo ganaba preparando vidrios para lentes de aumento.

* * *

Cayó la noche y encendió su candelero cuando tocaron el llamador. Sorprendido, porque jamás recibía visitas, fué a entreabrir la puerta.

—Excúseme, tenía necesidad de verlo, dice un hombre cuyo sombrero le ocultaba casi todo el rostro.

Spinoza lo reconoció en su voz.

—Rembrandt Van Rhiyn! — murmuró él —. Usted me hace un gran honor... Sea bienvenido... En la pieza, después de haber echado el cerrojo, le ofreció el único sillón.

—Tenía necesidad de verlo, — repitió el gran pintor—. Sé que ha sido usted excomulgado por los rabinos... A la misma hora los pastores me han condenado por herejía y, lo que es más grave, por exigencias de Cornelis Wieson. He sido declarado insolvente... Mis bienes serán vendidos en subastas... Todo se derrumba en mí, en torno mío...

Baruch Spinoza que desconfiaba de todos los impulsos dió sin embargo un paso hacia él.

—En verdad, nadie tiene derecho a pronunciar semejante juicio, pero no es os puede arrebatar nada. Sois, vos mismo, vuestra fortuna. Vuestros tesoros están en vos y ellos no podrán ser vendidos en remates...

Con la cabeza baja, Rembrandt hablaba en voz sorda:

—No soy un sabio como vos, Spinoza, pero sí un viejo artista atormentado por mil deseos. No me siento feliz sino cuando he encontrado algún objeto raro. He cubierto de florines una Madona de Rafael Sanzio y el retrato que hizo de Baltasar Castiglioni. Poseo antigüedades, medallas, bustos de Miguel Angel, placas y vasos de China, camafeos, cristales de Venecia, telas magníficas, armas, carteras repletas de estampas y dibujos... Usted no puede comprenderlo y este amor de cosas preciosas le parece, seguramente, infantil. Usted que no ha querido más que un pensamiento puro en un cuarto vacío... fro...

Un libro estaba sobre la mesa donde él se apoyaba. Lo tomó maquinalmente, después habiendo leído el nombre René Descartes, levantó su rostro desencajado y continuó:

—Nuestro crimen, Spinoza, es haber creído junto con ese gran hombre que no se debe nunca aceptar como verdad aquello que no se haya reconocido como tal. Ha visto usted senos de veinte años...

El filósofo sonrió con triste suavidad y el pintor comprendiendo que su huésped no había visto jamás el pecho desnudo de una joven mujer pasó su mano sobre su frente como si hubiese perdido el hilo de su discurso.

—Sí, repuso, nuestro crimen, el crimen de los dos fué amar la observación exacta. Sólo valemos por la poca verdad que podemos descubrir y expresar. Es eso que se nos hace pagar hoy. Una frente profunda suya, un bosquejo de mi mano y las palabras vanas de los profesores entran en revuelo y los falsos artistas se espantan... ¿Qué piensa hacer usted mañana?

—Tengo pensado—dice Spinoza— retirarme a los alrededores de Leyde en una soledad necesaria para mis trabajos. El viaje es sencillo. Todo lo que poseo cabe en una valija: algunos libros, mis útiles que son livianos y el escaso peso de ropa que me basta. No hay nada más en mi vida.

Hablando y habiendo por costumbre tomado un retazo de lana, limpiaba suavemente un lente de cristal que brillaba como un diamante y como el candelero iluminase de extraña manera un rincón del cuarto, el inmenso pintor anotaba a lápiz, sobre una página en blanco del libro de Descartes, los juegos misteriosos de la luz y de la sombra...

PASAN LOS VESTIDOS

Por Roberto Gaché

LA CASA DE UN GRAN MODISTO, EN PARIS. CINCO DE LA TARDE: DESFILE DE MANIQUIES Y VANIDADES. EN EL SALON, SENTADAS EN RUEDA, ALGUNAS BURGUESITAS EN LUNA DE MIEL, DOS O TRES SEÑORAS OBESAS, UNO QUE OTRO MARIDO. DETRAS DE CADA DAMA, CON FORMAS Y SONRISAS DE VENDEDORA, LA TENTACION DEL DEMONIO. LOS MANIQUIES LLEGAN, MURMURAN UN NOMBRE EXTRAÑO Y SE VAN. AISLADOS BAJO EL MARCO DE UNA PUERTA, HABLAN DOS HOMBRES: DON JUAN Y ROMEO. EDADES CAPRICHOSAS, AL USO DEL AUTOR: DON JUAN, SESENTA AÑOS, ROMEO, VEINTE.

ROMEO — ¡Hermosas mujeres, señor de Mañara!

Don Juan. — ¡Y hermosos trajes, joven Montesco!

Romeo. — ¡Qué ritmo gracioso y admirable! No hay duda posible: las francesas son las fundadoras de la gracia.

Don Juan. — ¿No cree usted que hay en estas mujeres, por el contrario, algo terriblemente mecánico y ridículo? Ese paso final, esa media vuelta clásica que todas repiten es, en verdad, algo lamentable y poco humano. Los franceses creyeron convertir sus viejos maniquíes en mujeres. En realidad, han hecho lo contrario: han hecho de sus mujeres unos tristes maniquíes.

Romeo. — No tan tristes, señor Don Juan. Cuando pasan y murmuran el nombre de su modelo, parecen insinuar una cita de amor.

Un maniquí (pasa y dice un nombre). "Baiser rose"...

Otro maniquí. — "Nuit d'amour"...

Romeo. — ¿Ha oído usted?

Don Juan. — Los franceses han sacado de su sitio al amor. Estaba en las mujeres; lo han puesto en los vestidos. La mujer, en definitiva, ha perdido su importancia.

Romeo. — Con todo, la necesitamos todavía para amar.

Una señora gorda. — La mujer es el traje. ¿Quién se acuerda ya de los cuerpos?

Romeo. — ¡Muñecas adorables! ¡Quién supiera sus nombres!

Un maniquí. — "Venise"...

Otro maniquí. — "Dans la nuit"...

Romeo. — ¡Nombres de telas! ¡Citas de amor con vestidos!

Don Juan. — ¿Por qué no? ¡La mujer es cosa tan gastada! Ha pasado su hora. Al fin de cada pasión sólo hay en París un traje.

Don Juan. — Buscamos todo el día deseamos y sufrimos. ¿Para qué? Hemos buscado un traje, hemos deseado un traje, hemos sufrido por un traje.

Romeo. — ¡Es poca cosa, en verdad, para amar!

Don Juan. — ¡Quién sabe! Para ganar dinero, por lo pronto, es mucho. La industria del vestido tiene ahora el porvenir mismo del amor.

Romeo. — ¿Permite usted? Mi mujer me llama.

Julieta (hablándole al oído). — ¿Me quieres?

Romeo. — ¡Te adoro!

Julieta. — Júrame, entonces, que estás aburrido.

Romeo. — ¡Aburridísimo!

Una señora flaca. — Yo quiero un traje que me haga gorda.

Don Juan. — No se ría usted, joven. Son menos ridículas de lo que parece. Porque ninguna dice la verdad: "Yo quiero un traje para ser feliz".

Romeo. — Ellas no lo saben, pero lo que buscan es la vida que pone en cada traje su propio maniquí. Como que, en definitiva, la elegancia es el arte de dar vida a un vestido.

Don Juan. — ¿No cree usted que, por el contrario, cada traje tiene en sí, como toda obra de arte, una vida independiente!

(Romeo jura, Julieta queda tranquila, los maniquíes siguen pasando y el diálogo con Don Juan se reanuda).

Romeo — ¡Es triste cosa que, para querer a una mujer deban aburrirnos las demás.

Don Juan. — Cosas de los veinte años. A los sesenta, nos aburrimos con una y queremos a las demás.

Una señora gorda —Yo quiero un traje que me haga flaca.

Romeo. — Señor Mañara, no incurra usted en la triste ilusión de estas pobres mujeres. Desengáñese: los trajes bonitos hacen más feas a las mujeres feas.

Don Juan. — ¡Es usted implacable con las feas, mi querido amigo!

Romeo — ¡Efectivamente, las odio! Las odio, sobre todo, en esta casa, espiando la gracia y la belleza de las otras. Créame usted: sin este trágico disimulo de las feas, la fealdad no sería visible en el mundo.

Don Juan. — Todos tenemos algo que disimular, mi querido amigo. La elegancia y la ortopedia tienen, en realidad, un origen común. La ortopedia nos consuela el cuerpo; la elegancia, el alma.

Romeo. — ¿Por qué disimular lo inevitable? Vea usted aquella anciana. Parece que elige un traje. Dura, vacila. Es que, en realidad, está eligiendo una edad.

Don Juan. — Sea usted más comprensivo, amigo mío. La elegancia tiene un objeto para cada edad. Hasta los cuarenta años nos vestimos para agradar al mundo; después de los cuarenta, para no desagradarlo.

Un maniquí (pasa y murmura un nombre). — "Chrysalide"...

Una vendedora (a Mme. X). — ¡Un vestido adorable, Madame, para su tipo rubio!

Otra vendedora (a Mme. Z.) — ¡Un vestido adorable, Madame, para su tipo moreno!

Romeo. — ¡Muñecas maravillosas! Vea usted cómo pasan triunfantes, gloriosas. Debajo de sus trajes prestados, ellan saben que van desnudas.

Don Juan. — Mi querido Romeo, es usted terriblemente joven! Dentro de 20 años, pensará más en los trajes.

Romeo. — Dentro de veinte años, señor mío, no habrá trajes.

Don Juan.—Usted puede decirlo. ¡Desde la Edad Media se han acortado tanto las polleras!

Romeo. — Será una gran conquista moral. El cuerpo va ganando el campo que el vestido abandona. ¿Qué hay de malo en ello? Acabaremos por limitar a un mínimo indispensable el campo de lo prohibido. Todo el resto será, como los brazos o las piernas de ahora, ganado para la inocencia.

Don Juan. — ¿Y no teme usted para entonces, mi querido amigo, la monotonía del desnudo? El vestido es, por lo menos, la ficción de la diversidad.

Romeo. — No lo crea usted. Nada tan parecido a aquella niña de verde como aquella otra de azul.

Don Juan. — ¿Que quiere usted? Son argentinas; les falta fantasía.

Romeo. — Tienen, en todo caso, una fantasía común.

Don Juan. —¿Preferiría usted, entonces, aquella francesa con su pluma ridícula?

Romeo. — No se ría, señor de Mañara. Es una pluma que le sale del alma. Hay en esa mujer, por lo menos, un principio de imaginación.

Don Juan. — Ya lo ve usted: en esa pluma comienza esta mujer a ser ella misma. Cuando, sin ropas, todas las mujeres sean iguales, ¿cómo haremos para amarlas?

Romeo. — Las amaremos sin maldad. El vestido ha infundido al amor el alma del mal.

Don Juan. — Cuando lo den todo, ¿qué podrán prometer? Y un mundo sin promesas será un mundo sin esperanzas.

Romeo. — No me convence usted; esa ficción del vestido es inútil para amar.

Don Juan. — En todo caso, es útil para vivir. Imagine usted que, en un momento dado, cayesen todos los broches, todos los nudos, todos los botones del mundo. ¡Cuántas glorias derrumbadas, cuántos destinos deshechos!

Romeo. — Sería la hora de la justicia. Los vestidos hacen injusto al amor. Lo hacen difícil y, sobre todo, caro. No es nada en París desvestir a una mujer; lo grave es vestirla después.

Don Juan. — Vistiéndolas, las perdemos un poco. Y una misma mujer nos das así mil veces la ilusión de la conquista.

Romeo. — La mujer se renueva en el amor. Por mucha que sea su fantasía, jamás tendrá un vestido la novedad de un beso.

Don Juan. — Debajo de diez vestidos distintos, una misma mujer es diez veces ignorada y distinta.

Romeo. — Quiere el amor lo contrario: bajo las formas de todas, es una sola la que vemos y deseamos. Es este, por lo menos, el amor que conocí con mi mujer.

Don Juan. — ¡Una sola!... ¿Y han logrado ustedes la felicidad?

Romeo. — Tanta, que vamos a morir por ella.

Julieta (saliendo). — He concluído, querido. ¿Quién es ese hombre que te hablaba?

Romeo. — No lo conoces? Es Don Juan.

Julieta. — ¿Don Juan?...

Romeo. — Un hombre que vivió engañado. Un pobre hombre, que no pudo amar.

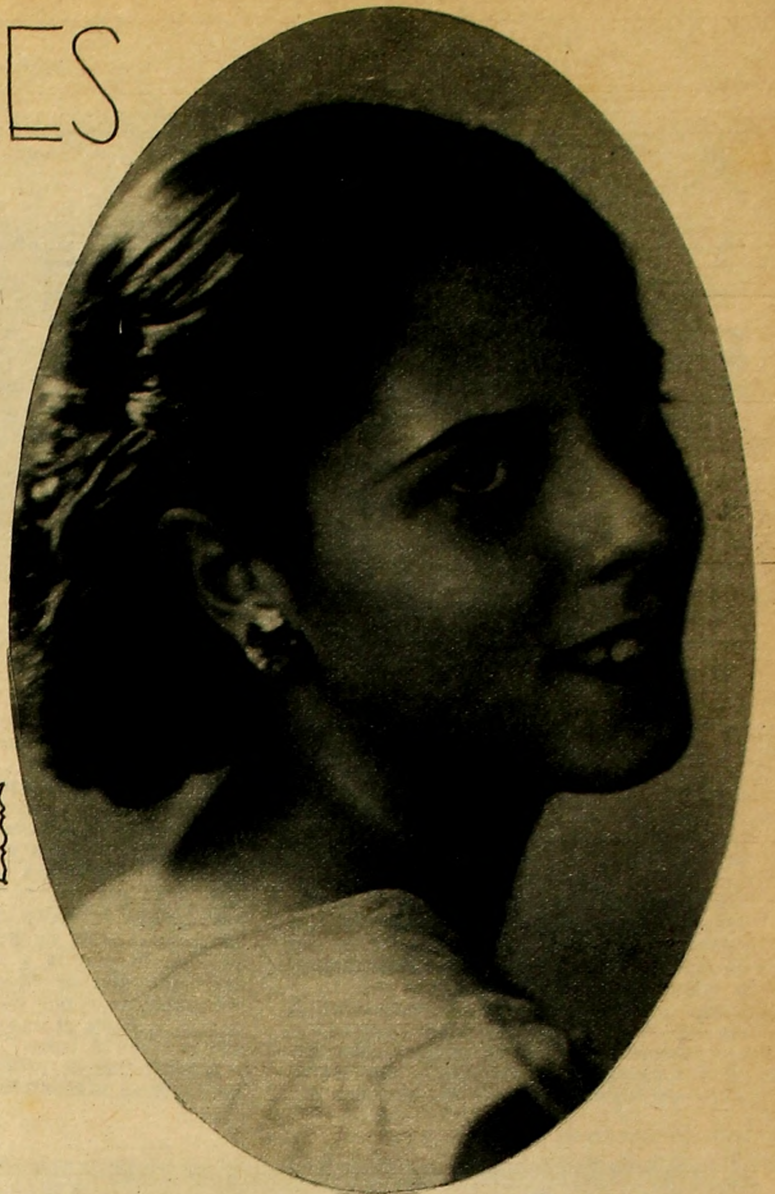
(Salen, del brazo, Julieta y Romeo; se pierden por las calles y llegan a su hotel. Las cosas no pasan ya como en Verona. Un ascensor, con romántico impulso, los sube hasta el quinto piso. Y queda Don Juan en la casa de modas esperando siempre en cada vestido una nueva mujer).

SOCIALES



Suzy Ferrero Molles.

fotos de Marchese.



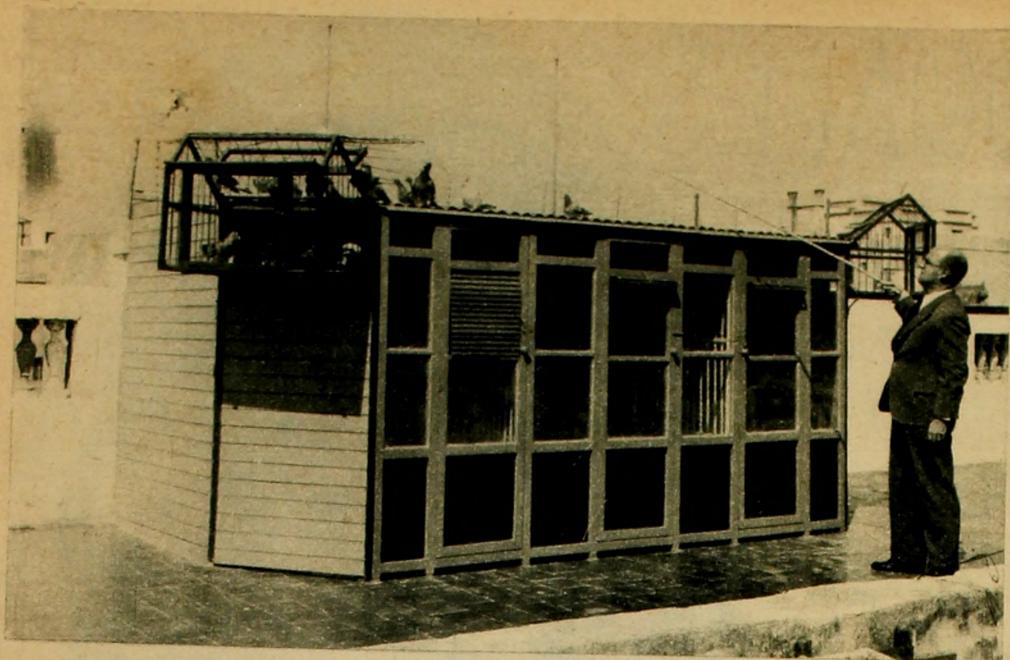
Sta. Nelly Peirera Sierra.



Titina Ferrero Molles.



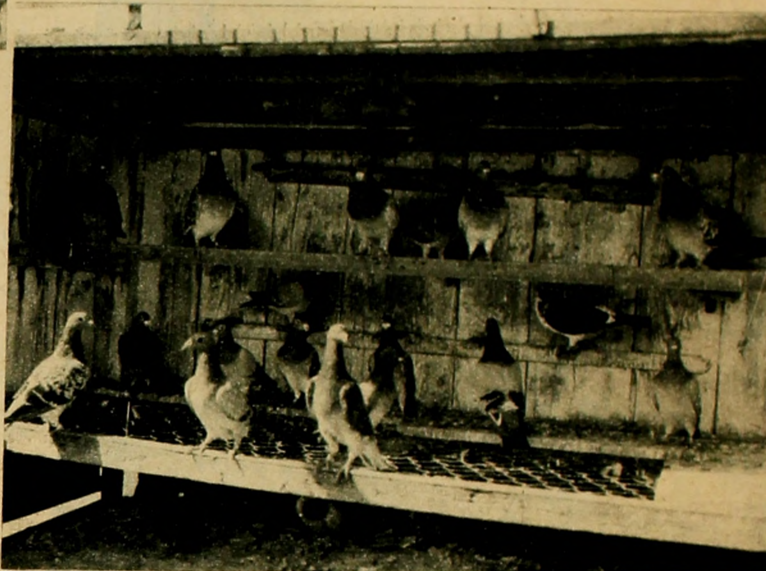
Sta Amelia Cuadrado Viera





MODELO DE PALOMAR; LAS PALOMAS OBEDECEN A LA CASA Y ENTRAN POR LA TRAMPA AL INTERIOR

PALOMAS EN EL "SOLARIUM" POSANDOSE SOBRE EL PALOMAR, LUEGO DE OIR EL SILBATO DE ORDEN



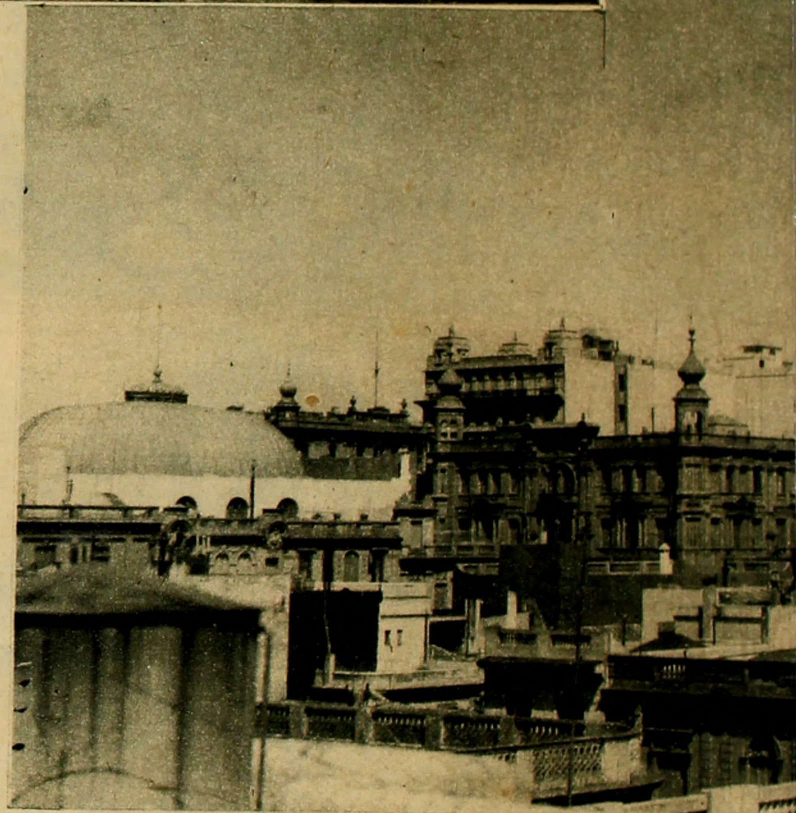
No se trata en esta breve reseña de historiar la colombofilia — tema amplio que requiere mayor espacio del que podemos dedicarle — sino tan sólo exponer uno de los aspectos más inmediatos, que es el del deporte colombófilo. Sabido es por lo demás, el servicio invalorable que las palomas mensajeras han prestado, y prestan, como elementos de comunicación rapidísima, utilizados por los cuarteles generales de los ejércitos en tiempo de guerra, y para las cotizaciones y combinaciones bursátiles.

En nuestro ambiente la colombofilia no constituye una expresión importante, careciéndose de sociedades colombófilas suficientes como para poder significar un elemento serio de servicio público o militar, tal como sucede en Alemania, Bélgica, Francia y otras potencias europeas.

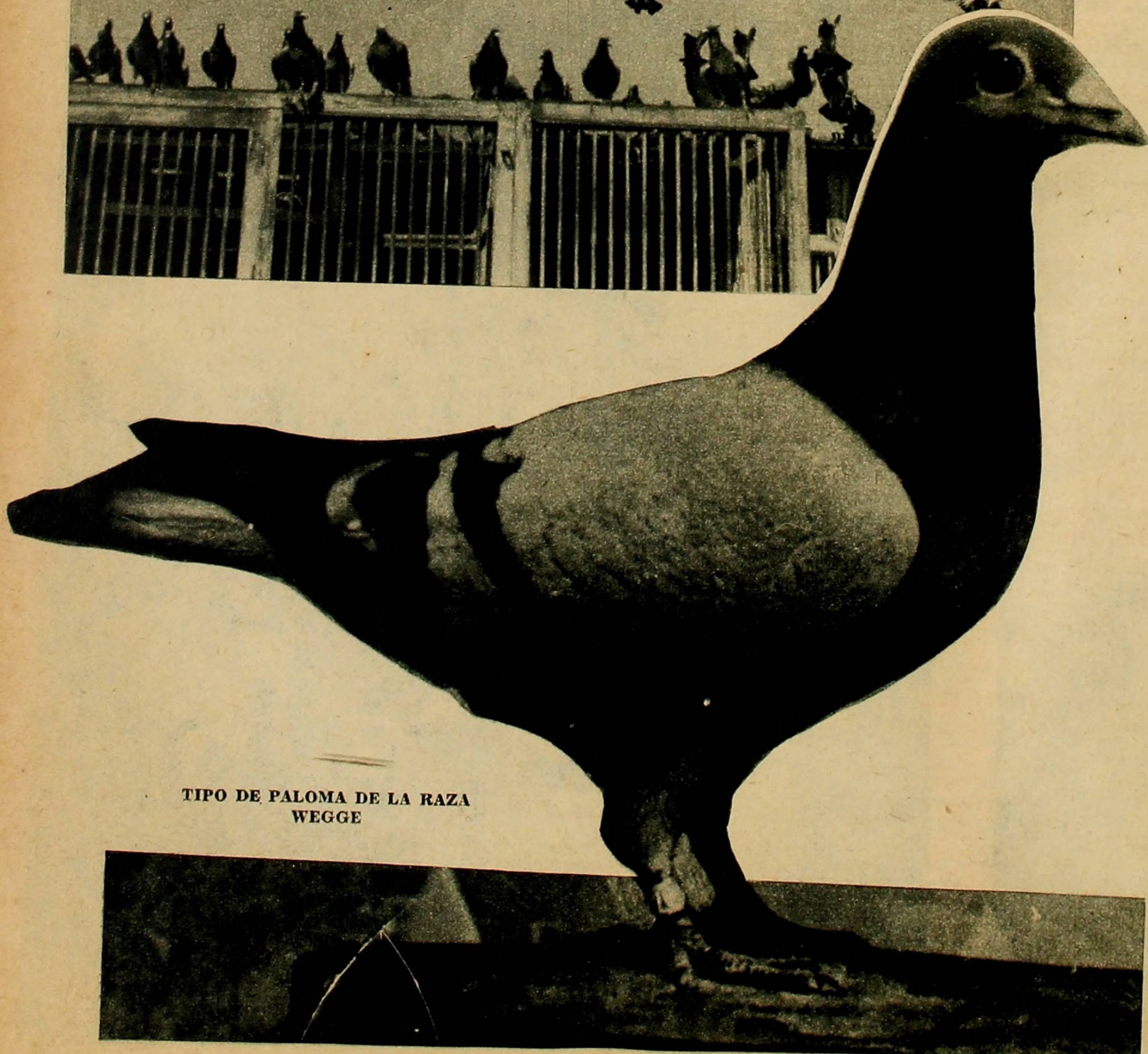
La paloma mensajera destinada a fines militares o al deporte, — a diferencia de la paloma común que vive en plena libertad — hace vida de internato, de orden, de disciplina y de método. Tiene sus horas para su racionamiento, para el baño, para trabajos de entrenamiento y para solaz. Los momentos de reposo los vive en la percha o posadero individual, que cada una de ellas ha elegido dentro del palomar y por cuya posesión llega a pelear si llega el caso de tener que desalojar a un intruso

Estas notas se refieren sólo al deporte de carreras mensajeras.





HERMO... DURAN...



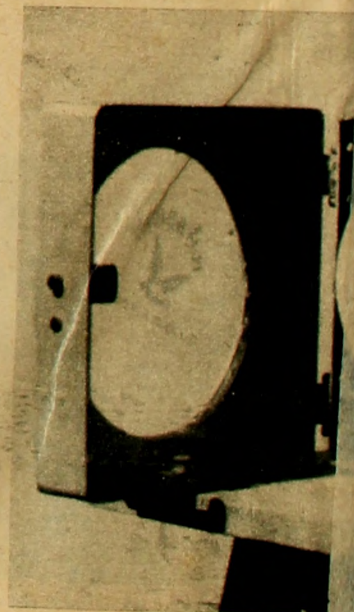
TIPO DE PALOMA DE LA RAZA WEGGE

ANILLAMIENTO Y ENCANASTAMIENTO

Dispuesta la realización de una carrera los colombófilos llevan a la cita las pupilas debidamente entrenadas, sea para una carrera de velocidad o para una de fondo.

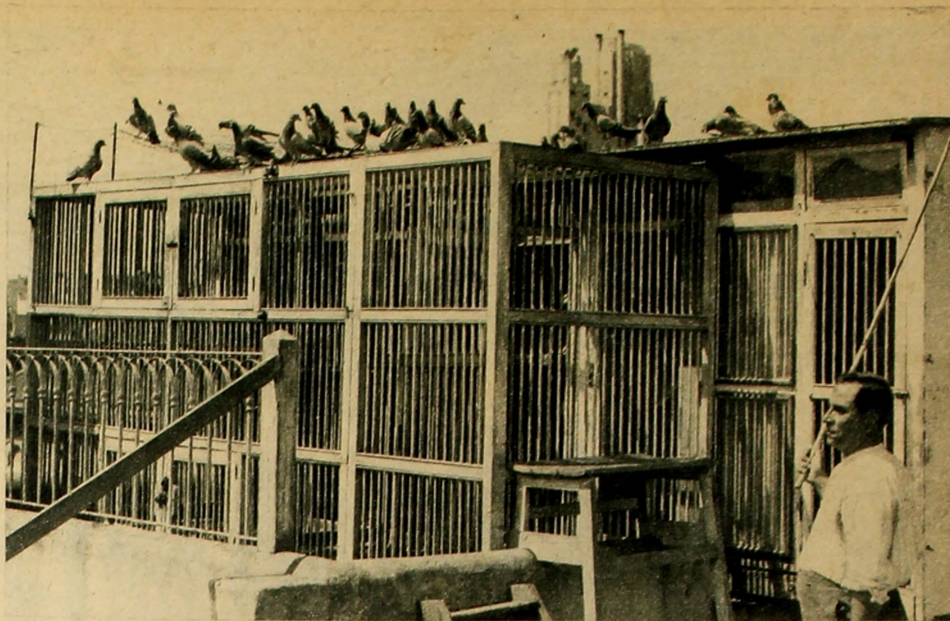
Se reunen los colombófilcs de Montevideo, por ejemplo, en el local de la Sociedad "Doctor Manuel Quintela" el día anterior al de la carrera, y se procede al anillamiento de las corredoras. La operación se lleva a cabo colocando en una de las patas un anillo de goma con número impreso, anillo que tiene una ficha correspondiente guardado en la Secretaría de la Sociedad, para ser confrontado una vez corrida la carrera. Anilladas que son las palomas, se van colocando en canastos construídos de ex-profeso y trasladadas por ferro-carril al lugar señalado para la suelta.

Cada paloma mensajera tiene en una de sus patas un anillo de aluminio, con el número de orden e iniciales de la Sociedad a que pertenece, que viene a ser como el nombre y apellido que las individualiza. Se toma nota de las concursantes y del número que a cada una de ellas correspondió en el anillo de goma.

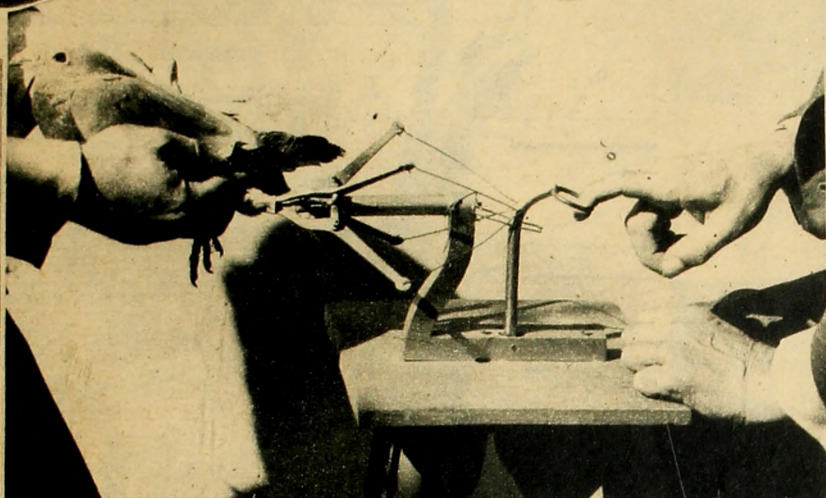


RELOJ

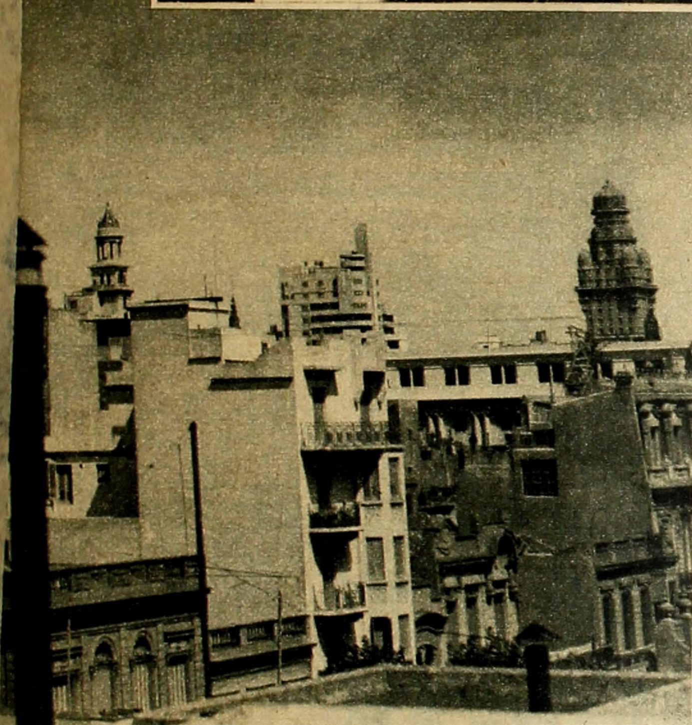
DEPORT COLOMBÓFILO



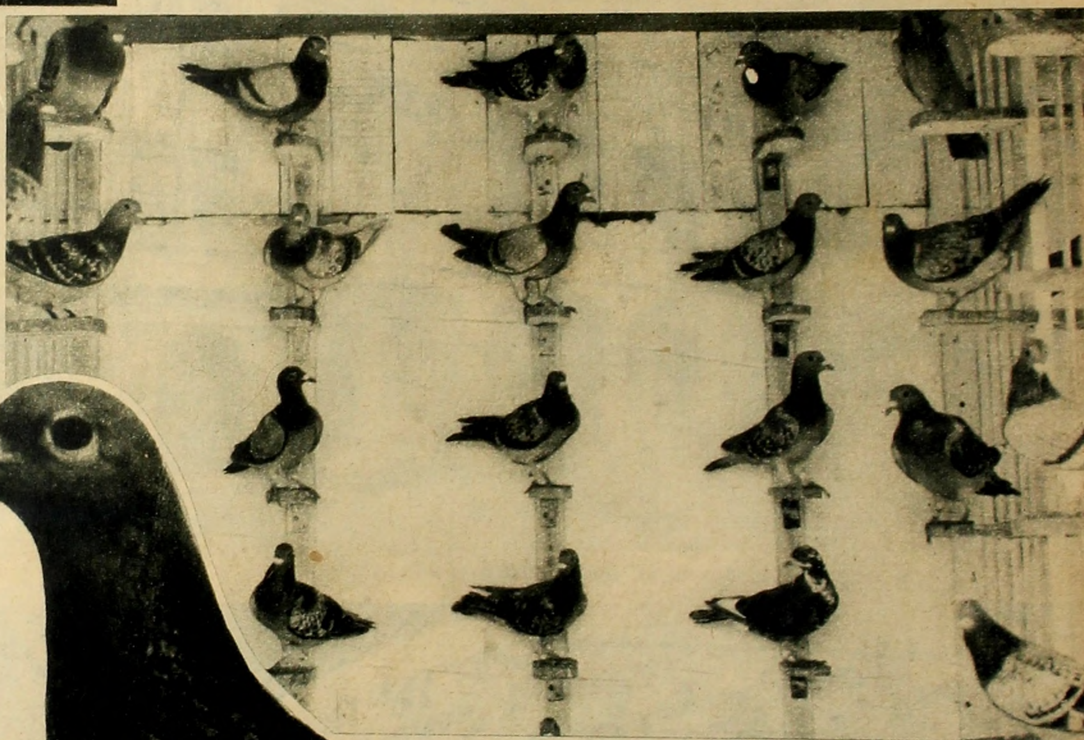
ASA EN RISTRE PARA MANIOBRAR



EL ACTO DE ANILLAR LAS PALOMAS



STA TOMADA ARFO DE EN- IENTO



INTERIOR DE UN PALOMAR. VEASE COMO CADA PALOMA OCUPA SU PERCHA O POSADERO DISPUESTO DE MANERA QUE NO SE MOLESTAN ENTRE SI

SUELTA —

Llegadas las palomas al lugar de la partida y siendo la hora señalada en los programas, el representante de la Sociedad Colombófila da puerta franca a las viajeras. A estos efectos, los canastos han sido colocados en línea, en el suelo y son abiertos rápidamente sin que sea necesario tocar o asustar a las palomas.

LLEGADA —

No es preciso destacar aquí la nerviosidad que domina a los colombófilos en los minutos que separan la hora de suelta y la de llegada. El Espacio hasta la línea del horizonte es pequeño campo a los ojos avisores del que espera a sus viajeras y no poca su emoción si llega a creer por un momento en el triunfo.

No bien las palomas están a tiro del palomar, el dueño de éste, es todo agitación. Hace sonar su silbato que es la orden de bajada rápida; tira al aire uno o dos señuelos que indiquen la ruta y atraigan a la recién llegadas Y no. bien estas pisan el techo del palomar, el colombófilo, caña en ristre, las repunta y las arrima a la jaula de entrada, pues no es posible perder tiempo alguno por corto que sea, dado que las carreras se ganan por quintos de segundos. Así como suena, por fracción de segundo.

CONSTATACION DE HORA DE LLEGADA —

Una vez que las viajeras han entrado en el palomar, se les quita el anillo de goma que les fuera colocado en una de las patas en el acto del anillaje, y se coloca dentro de una cápsula que a su vez es puesta dentro de un dispositivo de que están provistos unos relojes especiales para esta clase de constataciones. Cada vez que se entra una cápsula en el reloj, el colombófilo hace caer una palanca para que en el interior del reloj, quede pinchada una cinta indicadora de la hora, minuto y segundo en que fué movida la palanca para dar paso a las cápsulas que contienen los anillos de goma. Cumplida esta tarea en el palomar, los socios concurren a la Secretaría Social y, una vez controlados los relojes con el matriz de la Sociedad, se procede a la apertura de ellos para la anotación en un libro, de las distintas llegadas.

COMPROBACION DE QUIENES HAN TRIUNFADO —

Como todos los palomares concursantes están medidos desde todos los puntos de suelta, es decir, se conoce la distancia exacta que los separa desde los puntos de largada, luego de tomar por base la velocidad registrada y con la ayuda de una tabla de logaritmos se llega a establecer también con exactitud el tiempo empledo en los distintos recorridos, lo que permite discernir acerca de cuáles fueron las palomas que ocuparon los distintos puestos del marcador.

Son estos, a grandes rasgos, los detalles de como se lleva a cabo una carrera de mensajeras, para las que, palomas y colombófilos tienen que dedicar muchas horas, las primeras en ejercicios de entrenamiento, y los segundos en la dirección de esos entrenamientos, en la observación momento a momento de sus pupilas en lo que se refiere a salud, estado, alimentación, higiene, cruzamientos y lo más serio, la selección.

ION



EJEMPLAR DE LA RAZA HANSENNE



ORLEANS. PALACIO DE FRANCISCO I.º (MEDIADOS DEL SIGLO XVI)

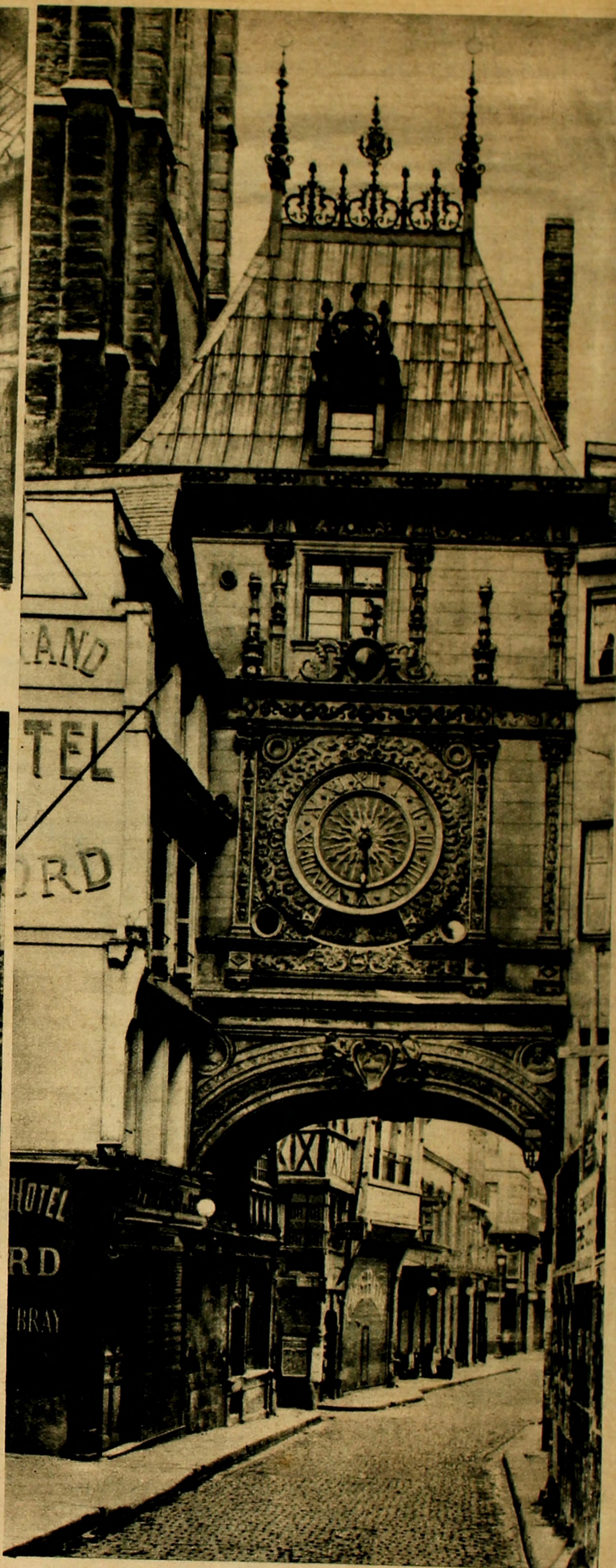
ARQUITECTURA del RENACIMIENTO



BLOIS. PALACIO D'ALLUYE (PRINCIPIO DEL SIGLO XVI)



LA ROCHELLE. HOTEL DE VILLE (FINES DEL SIGLO XVI)



ROUEN. EL GRAN RELOJ (AÑO 1527)

EL nuevo estilo arquitectónico que reemplazó en todo el occidente europeo a la arquitectura ojival y que ha subsistido en sus últimas modificaciones hasta nuestros días, se llamó del Renacimiento, y consistió esencialmente en volver a la imitación de las antiguas formas clásicas, siguiendo la corriente del movimiento iniciado ya durante la misma época en el terreno de la literatura y de las artes. Las construcciones de esta época (siglo XV) están animadas de un fresco hálito de vida que le presta un encanto particular; se procura adoptar las formas clásicas, es cierto, pero con criterio independiente y amoldándose con especial cuidado a las nuevas construcciones. Con el Renacimiento la arquitectura civil toma tan gran incremento, que la construcción de palacios vino a adquirir casi el lugar preferente entre todas las ramas de este arte.

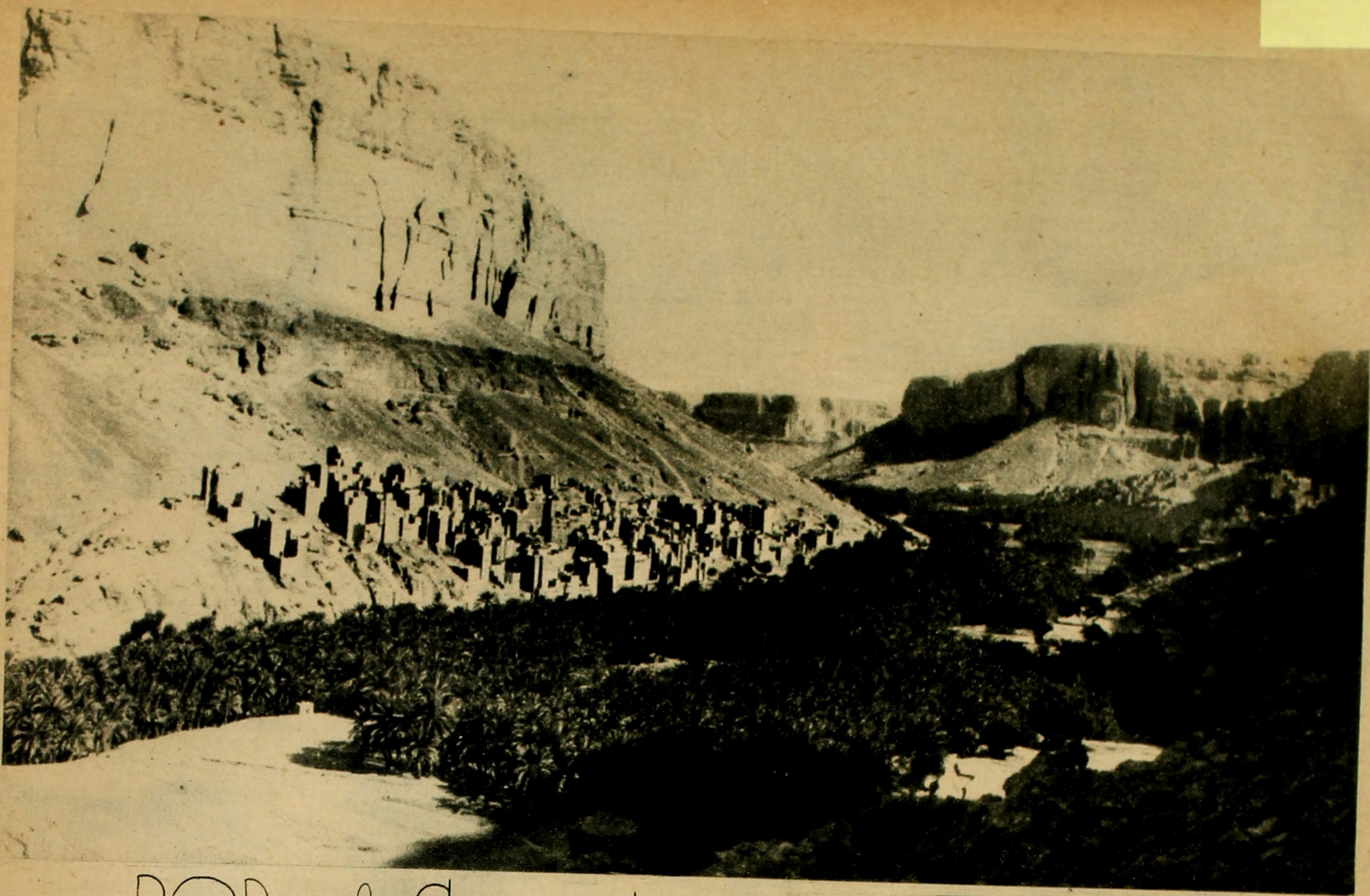


Cine



"LA DIVINA COQUETA"

CINE METRO, ha presentado con éxito, la historia de una mujer que desempeñó un papel importante en la política norteamericana. Debida a su influencia sobre el presidente Andrew Jackson. El film ha sido dirigido por Clarence Brown y figuran en el reparto, Joan Crawford, Robert Taylor, Lionel Barrymore, Franchot Tone, Melvyn Douglass, James Stewart y otros.



WADI DO'AN, QUE SEC... CIONA LA MESETA DE... JOL

POR el Sur de ARABIA





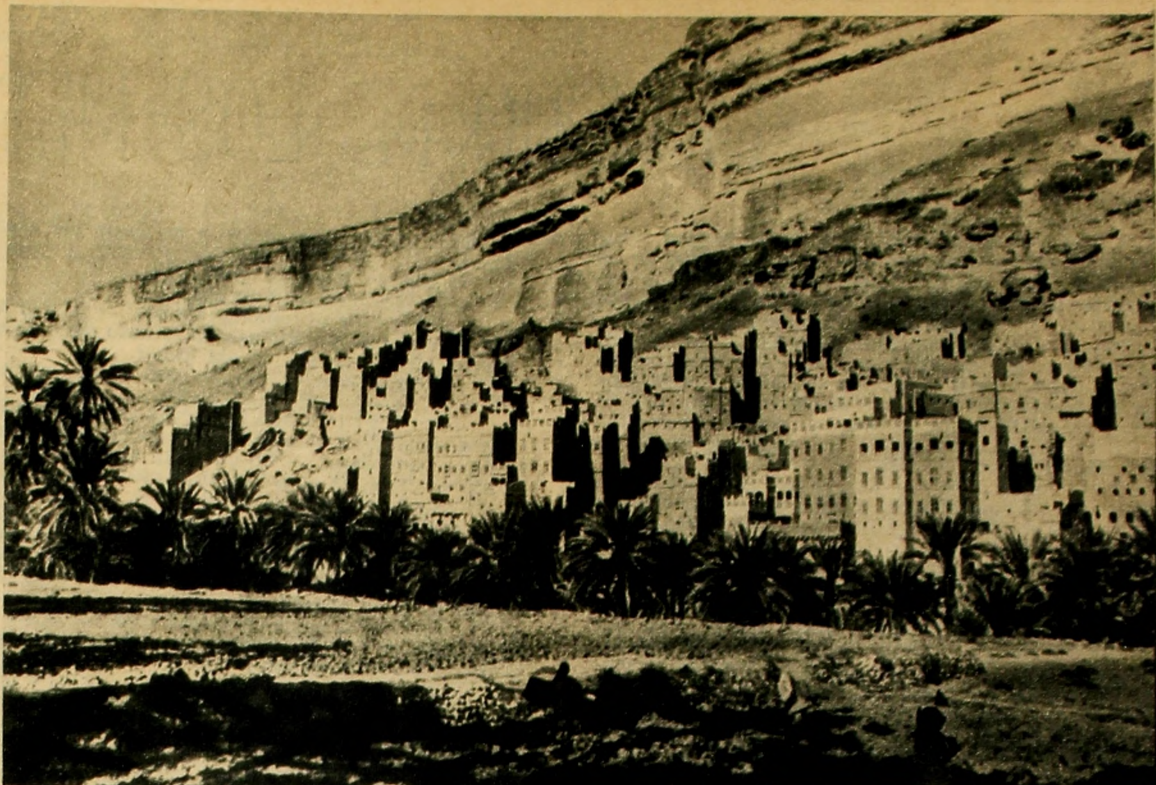
VISTAS DEL PUEBLO DE MAKALLA, EN EL PROTECTORADO INGLES DE ADEN





EL CARCELERO DE LA PRISION DE MAKALLA. LOS PRESOS SON MIEMBROS DE LAS TRIBUS INCURRENTES EN FALTA

HACE un año desembarqué en Makalla. En ella permanecí cinco días; conocí su vía principal, recorrida constantemente por multitud de beduínos, africanos, indios y árabes; su mezquita y sus escuelas; sus oficinas en las que los empleados indios se sientan de piernas cruzadas ante escritorios bajitos; los palacios del sultán al Este y al Oeste — en fin, la vida activa de un pequeño puerto que alimenta al interior del territorio. Pero no es así, como recuerdo la ciudad; la tengo presente en forma de una cantidad de casas altas alumbradas por la luz de la luna; un minarete; algunas luces de poca intensidad; un puerto demasiado pequeño aún para nuestro vaporcito, unos cuantos "dhows" fondeados; a cada lado y atrás de todo esto el vasto paisaje de Arabia, colinas desnudas, valles sin agua, mudos y oscuros.



DIVERSAS NOTAS TOMADAS EN LA RUTA DEL INTERIOR

Makalla no tiene industria, excepto la fabricación de dagas y cestos, la exportación de aletas de tiburón a China, unas cuantas prensas de aceite y algunos tachos de tintorería para el índigo.

A los cinco días de estada en Makalla salí para el Norte con una pequeña caravana de mi propiedad — cuatro burros y tres beduínos Murshidi del Kor Saiban, el macizo más alto de la meseta de Hadhramant, que debíamos cruzar para llegar a las ciudades del interior.

Tenían que guiarme sobre estas tierras altas que pertenecen a su tribu y depositarme sano y salvo en la residencia del Gobernador de Wadi Do'an — una semana de viaje.—Durante dos días marchamos ascendiendo el Wadi Himem hacia las altas estepas del Jól. Este no es un desierto, sino un paraje solitario, pétreo, y en el que crecen algunos árboles, entre ellos acacias.

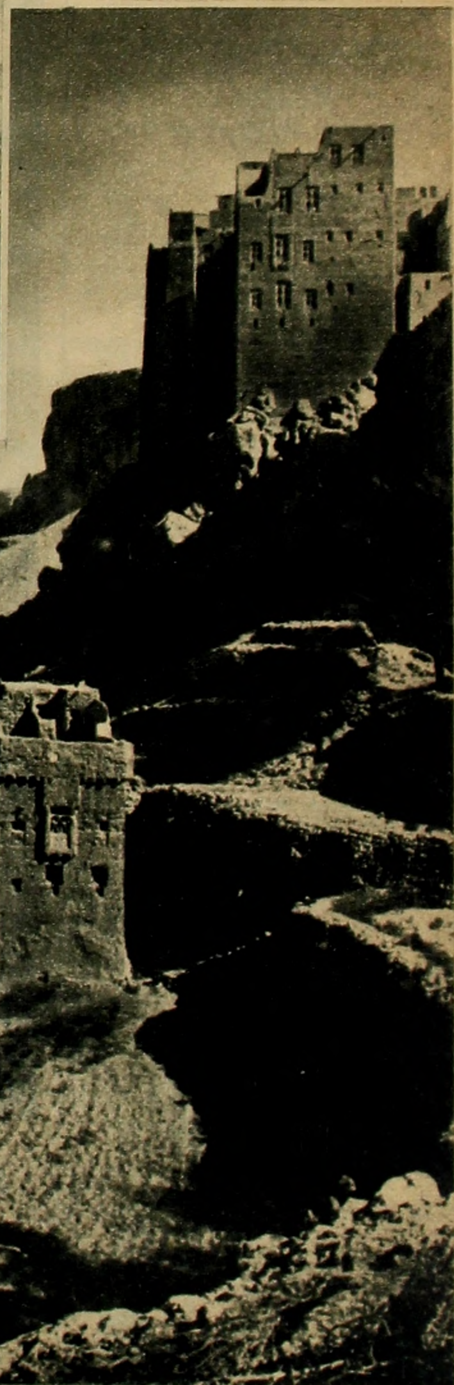
No está habitado ni tiene agua, excepto en primavera cuando las lluvias reverdecen el paisaje. Al séptimo día de salir de Makalla, llegamos a Do'an. Con cuidado pasamos la senda que se ve reproducida en la nota gráfica Nº 17, hasta alcanzar la fortaleza del Gobernador, punto terminal de nuestra excursión.



POCAS INDUSTRIAS HAY EN MAKALLA. LA MAS IMPORTANTE ES LA FABRICACION DE DAGAS CURVAS, QUE CON UN TAPA-RABO, UN CHAL DE ALGODON Y ALGUNAS PRENDAS, COMPLETAN LA INDUMENTARIA DEL BEDUINO



ASPECTO DEL MACIZO MAS ALTO EN LA MESETA DE HADHRAMANT, Y ALGUNO DE SUS POBLADORES



LA FORTALEZA DEL GOBERNADOR DE MASNA'A EN EL WADI DO'AN

DE BERNARD SHAW

"EL REINO DE LOS MEDIOS LOCOS"

EN el Reino de los Medios Locos, aquel mismo príncipe cuyas dificultades por la enfermedad de su padre relaté hace algún tiempo, ascendió al trono con la muerte de su progenitor, y casi inmediatamente se encontró en dificultades con el Gabinete y con la Iglesia. Porque el nuevo Rey, aunque acababa de cumplir los cuarenta, era soltero, pero ahora quería sentar cabeza y dar un buen ejemplo a su pueblo, convirtiéndose en hombre de familia. Necesitaba una esposa suave y tranquilizadora, porque sus nervios eran muy sensibles y la conversación de sus ministros resultaba a menudo irritante.

Ocurrió que conocía a una dama poseedora, justamente, de esas cualidades. Su nombre era, por lo que puedo recordar, Mrs. Daisy Bell. Era una norteamericana que se había casado ya dos veces y, por consiguiente, parecía muy probable que fuese una excelente esposa para el Rey, que nunca se había casado. Todo esto parecía natural y adecuado. Pero en el país de los Medios Locos jamás se podía contar con que algo saliera bien, tranquilamente. El Gobierno, por ejemplo, dejaba que zonas enteras cayeran en la ruina y la miseria, sin mover un pelo, y declaraba luego que el fin del mundo estaba al alcance de la mano, porque algún dictador extranjero había dicho crudamente que había una piedra en el camino de Dover. Y por eso el Rey no se sorprendió cuando un día le dijeron que el Arzobispo y el Primer Ministro habían llegado para visitarlo e insistían en verlo inmediatamente. El Rey, que había pasado la mañana con Mrs. Bell, estaba de buen talante. Los recibió, pues, y les ofreció "cocktails" y cigarros. Pero no solamente rechazaron ambos, muy severamente, los refrescos, sino que mostraron tales síntomas de aguda perturbación mental, que el Rey tuvo que preguntarles, con cierta preocupación, qué les pasaba.

—¿Cómo puede preguntarnos eso, señor? — gritó el Primer Ministro. — Los diarios están llenos del asunto. Hay fotografías. No nos hemos librado siquiera del perrito de la dama. ¿Qué va a hacer ahora Su Majestad?

—Nada fuera de lo acostumbrado — dijo el Rey. — Seré coronado en mayo y en junio me casaré con Daisy.

El Primer Ministro gritó, casi.

—¡Imposible! ¡Qué locura!

—¡No puede ni hablarse de eso! — dijo el Arzobispo, cuyo voz de púlpito era un triunfo del arte clerical. — No puede casarse con esa mujer.

—Me gustaría que la llamara Mrs. Bell, o Daisy, si lo prefiere — dijo el Rey.

—Si yo tuviera que oficiar la propuesta boda, me vería obligado a hablar de ella como "esta mujer" — dijo el Arzobispo. — Lo que está bien para ella en la Casa de Dios, es aquí bastante para ella.

—Y yo renunciaré — dijo el Primer Ministro.

—¡Qué horrible! — dijo el Rey. — ¿Sería muy brutal recordarle que hay otros? Sandy MacLossie formaría el Partido del Rey, para mí, en una semana. Tal vez tenga que renunciar usted, de cualquier manera, antes de la coronación.

—Sus burlas no pueden alcanzarme a mí — dijo el arzobispo. — La iglesia no solemnizará un casamiento inconstitucional.

—Eso me salvará de un dificultad muy grave — dijo el Rey. — Las cuestiones religiosas no son tan sencillas para mí como lo eran para Guillermo el Conquistador, de cuya muerte no parecen ustedes haber oído hablar. Guillermo tenía que considerar a un puñado de aventureros, todos los cuales eran cristianos. Yo debo tener en cuenta a 495 millones de mis súbditos; sólo el once por ciento de ellos son cristianos, y aún esa pequeña minoría está tan dividida en sectas, que no puedo decir una palabra acerca de religión sin herir los sentimientos de alguien. Mi sucesión protestante es un insulto al Papa y a su iglesia. Si me caso en una iglesia, especialmente en una con campanario, ofenderé a los cuáqueros. Si profeso treinta y nueve artículos de la iglesia Anglicana, me comprometeré a tener a la mayoría de mis amantes súbditos como condenables, y obligaré a centenares de millones de ellos a considerame como enemigo de su dios. Pues bien: aunque en la coronación toda la parte religiosa es anticuada y ofensiva, yo no la puedo alterar; pero puedo casarme legalmente, sin ofender los sentimientos religiosos de una sola alma en mi Imperio. Me casaré civilmente, en el registro del distrito. ¿Qué pueden ustedes objetar a eso?

—¡Jamás se ha oído nada más descabellado! — dijo el arzobispo. — Pero lo cierto es que me sacaría de una situación muy difícil.

—¿Me abandona usted? — gritó el primer ministro.

—No puedo, por el momento, encontrar una respuesta a tan inesperado propósito de Su Majestad — dijo el arzobispo. — Usted podría hablar ahora de los puntos constitucionales, mientras yo considero ésto.

—Es imposible para Su Majestad desafiar a la Constitución. El Parlamento es demasiado poderoso — recordó el primer ministro.

Y dijo el Rey:

—Tiene esa reputación mientras no hace nada. Sin embargo, yo soy tan devoto de la Constitución como usted. Comprenda tan sólo que si realiza una elección general a fin de asegurarse de los deseos de mi pueblo en esta cuestión, estoy pronto para afrontar tal extremo. Y usted sufriría una magnífica derrota. Tengo al pueblo conmigo. Su muy errónea propaganda en la prensa no se ha impuesto sobre mí.

—Pero nadie habla de elección general — observó el primer ministro. — ¿Está usted dispuesto o no a proceder según el consejo de sus ministros? Este es un sencillo problema entre nosotros.

—Bien — dijo el Rey: — ¿cuál es su consejo? ¿Con quién me aconseja que me case? Yo ya he elegido. Elija ahora usted: nombre a su dama.

—Pero yo no puede elegirle una esposa — declaró el primer ministro.

—Entonces — repuso el Rey — no puede aconsejarme en ésto, y si no puede aconsejarme, yo no puedo proceder según su consejo.

—Eso me parece un subterfugio — arguyó el primer ministro. — Muy sabe bien Su Majestad qué quiero decir. Alguien de sangre real, y no norteamericana.

—¡Por fin tenemos algo definido! — exclamó el Rey. — El primer ministro de Gran Bretaña clasifica públicamente a los norteamericanos como intocables. Insulta usted a la Nación de cuya existencia y parentesco dependen finalmente mi Imperio en el Este. Los más sensatos de mis amigos políticos consideran el casamiento de un rey británico con una dama norteamericana como un golpe maestro de la política.

—No debí decir tal cosa. Se me escapó — confesó el primer ministro.

—Pero todavía quiere usted una novia de sangre real — prosiguió el Rey. — Está soñando con un casamiento dinástico del siglo XVII. Yo, el Rey de Inglaterra y Emperador de Gran Bretaña, tengo que ir por toda Europa pidiendo alguna prima, en quinto o sexto grado, de las familias destronadas, caídas y alejadas, de los Borbones, o los Habsburgos, o los Hohenzollern o los Romanoff, por quien nadie en este país, o en cualquier otro, siente nada. No haré cosa tan impopular y tan tonta. Si usted vive aún en el siglo XVII, yo vivo en el XX. Yo vivo en un mundo de repúblicas y poderosas potencias gobernadas por expintores de casas, albañiles, soldados rasos ascendidos o hijos de obreros en fábricas de calzado. ¿Me casaré con una de sus hijas? Elíjame un suegro. Ahí tiene al Shah de Persia, ahí tiene a Effendi Quéturk. Ahí está el señor Bombarde. Ahí está Herr Battler. Ahí tiene a Acero, Rey de Rusia. Esta es la sangre real de hoy. Dudo que alguno de estos grandes monarcas permita a una hija que se case con un rey a la moda antigua. Lo dudo. Le aseguro que no queda hoy en Europa una casa real en la cual pueda yo encontrar alguien con quien casarme sin debilitar la posición de Gran Bretaña. Y si no sabe eso, no sabe usted nada.

—Su Majestad parece estar enteramente loco — dijo el primer ministro.

—Para una pequeña camarilla de Londres, que se ha quedado dos o tres siglos detrás de la época, no hay duda que debo parecerlo. Pero el mundo moderno sabe mejor. Sin embargo, nombre usted a la dama — pidió el Rey.

—En este momento no puedo pensar en ninguna, aunque debe haber muchas disponibles. ¿Puede usted indicar alguna, arzobispo?

—No. Lo inesperado de la pregunda sorprende a mi cerebro. Creo que sería mejor que discutiéramos la posibilidad de la abdicación — dijo el arzobispo.

—Sí, sí. Su Majestad debe abdicar. Esto resolverá todo el asunto y nos alejará de las dificultades — afirmó el primer ministro.

—Mi sentido del deber público, al que mis amigos apelan de modo tan conmovedor, difícilmente me permitiría abandonar mi puesto sin la menor excusa para tal acto — advirtió el Rey.

—El trono se conmoverá hasta sus cimientos — dijo el arzobispo.

—Eso es asunto mío — observó el Rey, — pues ocurre que estoy sentado en él. Pero ¿qué pasará con los cimientos de la iglesia si trata de obligarme a contraer un matrimonio sin amor y a vivir en adulterio con la mujer a quien en realidad amo?

Al levantarse sus dos visitantes, el Rey agregó:

—Mi hermano, que me sucedería, podría oponerse firmemente. Nunca sería lo verdadero mientras yo anduviera por ahí. Me habrían cortado ustedes la cabeza. Y no se puede bromear con el trono; se le debe abolir o se le debe respetar.

El primer ministro suplicó:

—¡Basta, por favor!

Cuando los tres bajaron la escalera, camino al comedor, el Rey musitó al oído del abatido primer ministro:

—Le advierto, mi querido Goldwyn, que si acepta mi desafío y designa a la dama de su elección, al día siguiente aparecerá en todos los diarios la fotografía de ella, y al lado la de Daisy.

El primer ministro sacudió tristemente la cabeza. Fueron a almorzar juntos. El primer ministro apenas comió algo. El arzobispo no dejó nada en su plato.

GEORGE BERNARD SHAW.

Tarzan

UN COMPLOT HOMICIDA

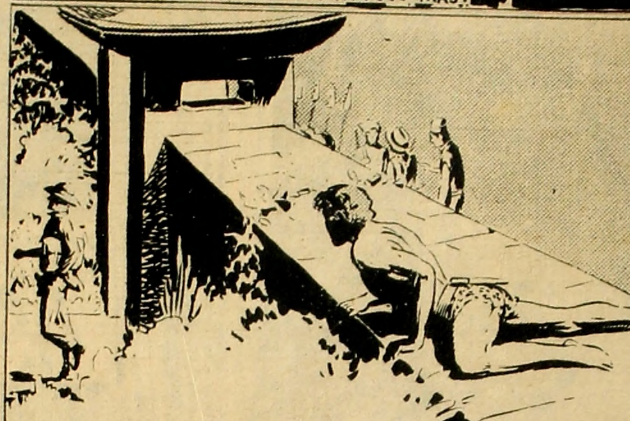
por: EDGAR RICE BURROUGHS





















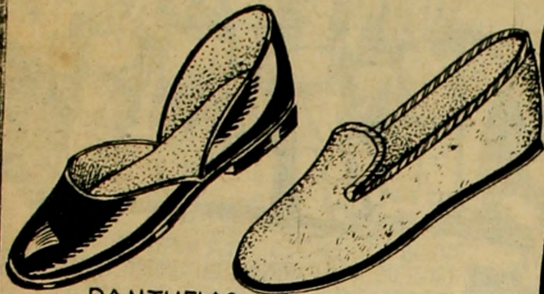




Casa Soler

SECCION HOMBRES

OFERTAS de INTERES para la ESTACION QUE SE . INICIA .



PANTUFLAS ARMADAS EN CUERO Y LANA
EL PAR 3.20

PANTUFLAS DE PAÑO, CON FIELTRO Y CUERO
EL PAR 2.00



PYJAMAS DE FRANELA "WELCA"
3.80



PYJAMAS DE MOLETON
4.80



PYJAMAS DE FRANELA "COSTALLYA"
4.30



PYJAMAS DE FRANELA AZARGADA
4.80



SACO SMOCKING EN LANA. RIBETEADOS
6.40



SACO SMOCKING EN LANA
4.50



FUMOIR DE MOUFLON EN LANA PEINADA
7.50

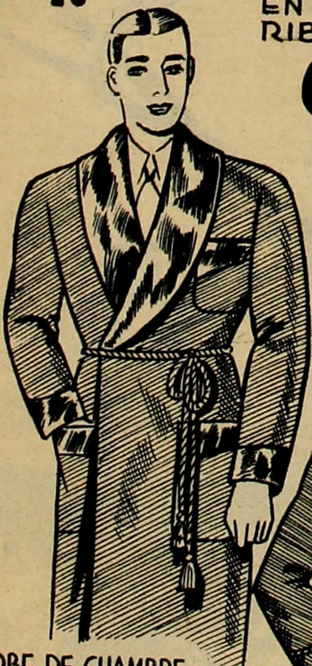


FUMOIR DE PAÑO, COMBINADOS
9.50



FUMOIR DE MOUFLON EN LANA Y ASTRAKAN
8.50

ROBE DE CHAMBRE DE PAÑO SIBERIA
6.50



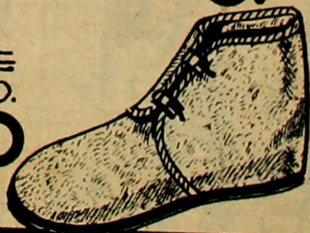
ROBE DE CHAMBRE DE PAÑO Y FELPA DE SEDA
21.00



ROBE DE CHAMBRE DE PAÑO GAMUZA
19.00



ROBE DE CHAMBRE DE MOUFLON CON ADORNOS
9.50



ZAPATONES DE GRAN ABRIGO.
EL PAR 2.80

EN NUESTRAS TRES CASAS